

Andrés Coindre y la devoción al Sagrado Corazón

H. Lionel Goulet, S.C.

Texto original en francés: Anuario nº 85, 1990 – 1991, pp. 11-24

El padre Andrés Coindre (1787 – 1826), fundador de los Hermanos del Sagrado Corazón, no publicó estudios sistemáticos y originales sobre la devoción al Sagrado Corazón, contrariamente a lo que hicieron otros fundadores de congregaciones, por ejemplo el Padre León Dehón o el Padre Julio Chevalier. En cambio, la mayor parte de los superiores generales que le sucedieron trataron ese tema en cartas circulares dirigidas a todo el Instituto. Ellos compensaron ampliamente la discreción del fundador, pues el conjunto de dichas circulares agrupadas forma un grueso volumen de 328 páginas. El Padre Coindre fue ante todo un hombre de acción, no un escritor espiritual famoso. El cardenal Donnet, contemporáneo y amigo suyo, reconoce que: «El Padre Coindre escribió poco pero meditó mucho. Su celo y su piedad eran dos manantiales inagotables de donde surgía la elocuencia para convertir almas».

El padre Andrés Coindre fue predicador y misionero, según el significado de esta palabra en Francia en la primera mitad del siglo XIX. También fue fundador de varios institutos religiosos: la congregación de los Padres Misioneros del Sagrado Corazón de Monistrol que, con el paso del tiempo, se integrarían en el clero diocesano; las Damas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, cuya denominación actual es Religiosas de Jesús-María; y los Hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, hoy conocidos como Hermanos del Sagrado Corazón. Fue un hombre de acción que orientó su actividad hacia las providencias y escuelas para niños, niñas y jóvenes.

Visto lo que precede, es en su vida de misionero y fundador, así como en algunos escritos circunstanciales, donde debemos buscar los rasgos de su devoción al Sagrado Corazón. Podemos plantearnos las cuatro cuestiones siguientes:

- ¿Cuáles fueron las influencias que determinaron su modo de entender la devoción al Sagrado Corazón?
- ¿Qué lugar asignó a la devoción al Sagrado Corazón en sus fundaciones?
- ¿Qué importancia concedió a la devoción al Sagrado Corazón en su predicación de misionero itinerante?
- ¿Qué lugar ocupó la devoción al Sagrado Corazón en su vida personal?

I – Influencias

¿Cuáles fueron las influencias que marcaron su concepto de la devoción al Sagrado Corazón? Como hombre del siglo XIX que pasó toda su vida en Francia, el Padre Coindre entendía y propagaba la devoción al Sagrado Corazón, al igual que otros sacerdotes de su tiempo en Lyon y en las diócesis limítrofes. Ya en el seminario menor de Argentièrre, estuvo en contacto con los Padres de la Fe o Padres del Sagrado Corazón, antiguos jesuitas expulsados durante la persecución religiosa y reagrupados posteriormente en secreto. Las prácticas que recomendará más tarde, sin duda las experimentó él mismo en Argentièrre; se remontan directamente al mensaje de Paray-le-Monial de santa Margarita María.

Siendo joven sacerdote, formará parte de la Sociedad de la Cruz de Jesús (1814 - 1822). Según sus estatutos, «la Sociedad profesa una devoción especial a la Santa Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Sus miembros no olvidarán nunca que únicamente deben esperar el fruto de sus trabajos a través de una vida mortificada, unida a los sufrimientos de Nuestro Señor, y que, a ejemplo del Apóstol, aprenderán a no gloriarse más que en la Cruz de Jesucristo». Aquí ya podemos apreciar algunos rasgos de la devoción al Sagrado Corazón.

Una última influencia: En su correspondencia y en sus sermones, el Padre Coindre incide una y otra vez sobre el tema del anonadamiento y abajamiento del Verbo encarnado. Le impresiona en gran manera el misterio de la Encarnación, misterio de un Dios que se hace hombre por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María. Contempla este misterio y saca conclusiones prácticas para sí mismo y para sus dirigidos, especialmente para los miembros de los institutos por él fundados. Su enseñanza sobre este tema concuerda totalmente con la escuela francesa de espiritualidad del cardenal de Bérulle. Además, se mantiene fiel al pensamiento de un discípulo de Bérulle, san Juan Eudes, cuando asocia en la práctica los corazones de Jesús y de María.

II – Fundaciones

El padre Coindre, como hemos dicho, funda tres congregaciones bajo la advocación del Sagrado Corazón. En los estatutos preparados para ellas, se mantendrá fiel a su inspiración primera y dará orientaciones precisas en cuanto a la forma de entender la devoción al Sagrado Corazón.

Los Padres Misioneros del Sagrado Corazón de Monistrol.

En el artículo 50 de los estatutos destinados a los Padres Misioneros del Sagrado Corazón, indica los diversos medios que se usarán en la congregación para la santificación de sus miembros: «oración mental, exámenes de conciencia, asistencia a la santa misa, direcciones, capítulos, lecturas piadosas, confesiones y comuniones frecuentes, conferencias espirituales, retiros anuales y, sobre todo, el estudio y la imitación del Sagrado Corazón de nuestro Señor Jesucristo en su vida oculta y en su vida pública...»

En el artículo 39 de los mismos estatutos, al tratar de las virtudes características de los miembros de la congregación, expresa cómo entiende él dicha imitación. Respecto a las funciones del superior general, escribe: «Estimula... el espíritu de fervor, la práctica de las sólidas virtudes de humildad, obediencia, mortificación, celo y caridad, que deben caracterizar a todos los miembros de la congregación...».

Las Damas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

Las Damas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, hoy conocidas como Religiosas de Jesús-María, formaban en sus orígenes una «pía unión» de señoritas sin votos, cuyo capellán-director era el Padre Coindre. Los estatutos de la «pía unión», integrada por seglares como santa Claudina Thévenet y Paulina Jaricot, nos proporcionan datos preciosos sobre la devoción al Sagrado Corazón propuesta por el Padre Coindre.

En primer lugar, el nombre: Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús.

- Objetivo: Reavivar la devoción a María y honrar de manera especial al sacratísimo Corazón de su Hijo adorable.
- Lo que debe caracterizar a sus miembros: alegría del corazón, libertad del alma, confianza y generosidad.

- Fórmula de ingreso en la Sociedad: la renovación pública de las promesas del Bautismo y un acto de consagración a los Sagrados Corazones de Jesús y de María.
- Dos prácticas: A las nueve de la mañana y a las cuatro de la tarde, una elevación del alma al Sagrado Corazón. Y la adoración al Santísimo Sacramento, una vez al mes, rogando por todos los miembros de la Sociedad.
- Divisa: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón». Y el Padre Coindre añadía: «Por lo tanto, se guardarán bien de pensar que tienen más virtudes que los fieles no pertenecientes a alguna sociedad como la suya. ¡Cuántas personas hay que no saben leer, ni escribir, ni meditar, y que, sin embargo, tienen más caridad y humildad que ustedes!».

Los Hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

El Padre Coindre se servía gustosamente, para cualquiera de sus congregaciones, del texto que había escrito para una de ellas. Las normas iniciales para los Hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, por ejemplo, se inspiraban en gran parte en las de las Damas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. De modo que, si se quiere conocer el pensamiento del fundador sobre la devoción al Sagrado Corazón, es preciso revisar lo que escribió para sus tres congregaciones.

¿Cuáles son las indicaciones particulares que da a la congregación de Hermanos, hoy denominada Instituto de Hermanos del Sagrado Corazón?

- Señalemos en primer lugar el nombre original: Hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.
- Luego viene su divisa: «Su divisa es la del Corazón de Jesús: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón"».
- La humildad, virtud fundamental: «Se esforzarán por conocer, amar y practicar esta virtud, fundamento de toda perfección y de todo bien».
- La devoción al Sagrado Corazón: «Los Hermanos del Corazón de Jesús recordarán a menudo estas palabras de Jesucristo: "He venido a traer fuego a la tierra, y ¿qué quiero sino que arda?". Siempre se sentirán conmovidos por las siguientes palabras: "He aquí este corazón que tanto ha amado a los hombres y que sólo recibe ingratitudes de ellos". Estimarán los méritos del yugo divino... pisoteado y menospreciado por la ignorancia, profanado por los sacrilegios, despreciado por la indiferencia y la frialdad de los malos cristianos. Este es el recuerdo que les sostendrá en su esmero por formar y enseñar bien a los jóvenes. Conversarán con frecuencia sobre los medios para sacudir la indolencia, entusiasmar el corazón e inflamarlo de santo celo».

Unos veinte años después de morir el fundador, la invocación recomendada a la «pía unión» aparecerá en la Regla del Hermano Policarpo así: «Les complacerá reunirse a menudo en los Sagrados Corazones de Jesús y de María mediante frecuentes elevaciones de alma. Durante la clase de la mañana al dar las nueve, y durante la clase de la tarde, al dar las tres, todos los miembros del Instituto se reunirán en estos Sagrados Corazones, añadiendo al ofrecimiento de las obras la siguiente oración jaculatoria: "Corazón Sagrado de Jesús, abrasado de amor por nosotros, haced que todos nuestros hermanos habiten siempre en Vos"».

III – Predicación

El Padre Coindre no fue precisamente lo que pudiéramos llamar un apóstol de la devoción al Sagrado Corazón al estilo, por ejemplo, del padre Mateo Crawley, consagrado a cumplir esa misión especial. No tenía de continuo la expresión “Sagrado Corazón de Jesús” en sus labios. Formaba parte de un equipo de misioneros cuyo fin principal era la evangelización de Francia por medio de misiones parroquiales. Dichas misiones, que podían durar hasta treinta o cuarenta días, incluían la doctrina fundamental y las obligaciones que todo buen cristiano debía conocer.

Lo que resulta interesante para nuestro propósito es ver cómo, dentro de un marco bien definido, introdujo el Padre Coindre elementos de la espiritualidad de la devoción al Sagrado Corazón; cómo, a través del desarrollo doctrinal y apologético que seguían los misioneros, supo polarizar la atención sobre ciertos puntos esenciales. Conocemos bastante bien ese desarrollo doctrinal por los sermones del Padre Coindre, publicados –cuando menos, en parte– por el hermano Jules Ledoux, en 1963, con el título de *Notas de predicación del padre Andrés Coindre*.

Temas de los sermones.

Lo primero que llama la atención en su predicación es la manera de tratar los temas:

- La conversión, por ejemplo, de la Magdalena. La presenta como el encuentro de dos corazones, el de la Magdalena y el de Jesús que dice: “le son perdonados sus pecados porque ha amado mucho”.
- El Verbo encarnado, desconocido, débil, obediente, pero cuyo Corazón es santuario de la divinidad.
- El amor del Corazón de Jesús, que quiere salvarnos por su agonía, por su flagelación, por su muerte de cruz.
- El corazón del hombre, primer objeto de conversión: el Padre Coindre afirma que el corazón es lo fundamental en el hombre; que nada tiene valor si el corazón no es virtuoso.
- La misericordia, la de un Dios lleno de ternura, que nos busca, nos lleva en sus brazos, nos perdona.
- La Eucaristía presentada como sacrificio, como renovación de la inmolación del Calvario, donde la caridad abrasa y consume todo.
- La Eucaristía presentada como presencia real, donde es preciso que haya adoradores.
- El amor personal de Dios: El Padre Coindre presenta la historia de cada uno como la historia de la bondad de Dios, que siempre se halla presente en los momentos importantes de nuestra vida, que nos acompaña continuamente.

Ni que decir tiene que la hora santa, predicada y practicada, era un ejercicio que ocupaba un lugar importante en el corazón de sus misiones. Nos dejó algunas notas que aclaran su idea sobre dicho ejercicio.

Para empezar, los ojos bajos con actitud humilde. Inclinarsse profundamente, ponerse de rodillas ante el Señor. Es un reconocimiento de la propia indignidad, de pequeñez, del estado de pecador. Es presentarse ante el Señor con las manos vacías y con el corazón lleno de arrepentimiento. Sólo el Señor puede curar y perdonar. Sólo el Señor puede salvar. Sabemos la importancia que daba Margarita María a la postura humilde ante el Santísimo Sacramento, especialmente cuando hacía la hora de guardia.

En segundo lugar, se elevan los ojos hacia el Señor, al modo como el siervo dirige la mirada hacia las manos de su amo. Aquí se trata de acercarse al Señor con actos de fe, esperanza y caridad: Una fe que descubre, a través del sacramento, la luz y la fuerza de Dios; una esperanza que, recordando los beneficios de Dios, todo lo espera de Él a partir de ahora; una caridad que se expresa en forma de diálogo lleno de agradecimiento.

En tercer lugar, los ojos se vuelven hacia la Iglesia y el mundo. Es el momento de la solidaridad y de la intercesión. El Padre Coindre, buen conocedor de las miserias de la Iglesia y de la sociedad de su tiempo, reza y manda rezar para que Dios escuche y tenga piedad. Va citando una larga lista de infidelidades y los fieles contestan a cada una: ¡Perdón, Señor, perdón! Era una forma de sensibilizar a los cristianos al sentido del pecado y al deber de la intercesión. El acto de reparación, si no siempre en la forma, al menos en esencia, emparentaba con las oraciones y actos de expiación ofrecidos al Sagrado Corazón de Jesús que recomendaría cien años más tarde el papa Pío XI en su encíclica *Caritate Christi*.

Las misiones del Padre Coindre, así como las de otros misioneros de su tiempo, se solían terminar con la implantación de una cruz en el lugar de la misión. Después de 175 años, todavía se pueden encontrar rastros de una decena de aquellas cruces. El sermón correspondiente a la implantación de la cruz solía correr a cargo del Padre Coindre. Dicho sermón, como observa Sevrin, tenía gran importancia: «Con los sermones de implantación de la cruz, se trataba de causar un último impacto, el más fuerte, el más decisivo, que grabaría para muchos años en la memoria de los fieles el recuerdo de un extraordinario don de Dios; y erigiendo aquel calvario en un lugar público y frecuentado, se avivaría el culto de la Cruz y se rendiría homenaje a Jesucristo».

Resulta interesante notar que algunas de esas cruces llevan, en la intersección de los dos brazos, un corazón rodeado por la corona de espinas. En uno de sus sermones sobre la cruz, el Padre Coindre modificó sus apuntes para introducir los símbolos característicos de la devoción al Sagrado Corazón.

Así, dirá: «En el Corazón de Jesús es donde nos reuniremos todos, y este Corazón les hablará con más elocuencia que el mío». (En el texto original, es la cruz la que congrega y habla...). ¿Y qué dirá este Corazón? El Padre Coindre continúa: «Dios amó al mundo hasta el extremo de entregarle el Corazón de su Hijo único. Nos amó hasta entregarnos, no el corazón de una criatura, sino el Corazón del Increado...» Miren a Jesús en la cruz: «Sus ojos están apagados, pero es el amor quien los ha cerrado. Su rostro está pálido y desfigurado, pero es el amor de su Corazón quien ha velado el resplandor de su augusta faz para ablandar sus corazones. La boca permanece muda y helada, pero es el amor de su Corazón quien la ha reducido a ese estado... Una lanza ha atravesado su Corazón para que ustedes mismos sean heridos por ese amor...». (Estos textos han sido reconstruidos, no sin dificultad, a partir de diversos fragmentos).

IV – Testimonios

¿Cómo vivió la devoción al Sagrado Corazón el Padre Coindre? ¿Cuáles fueron sus rasgos dominantes? Uno tras otro, sus biógrafos subrayaron su gran devoción al Sagrado Corazón. Hemos tenido acceso a diversas fuentes de información: *Vida del Padre Andrés Coindre*, la *Positio* del Hermano Policarpo y la de santa Claudina Thévenet; artículos aparecidos en el *Anuario de los Hermanos del Sagrado Corazón*; artículos publicados en boletines como *Los Amigos del Sagrado Corazón de Jesús*. Y algunos más. Pero nos fijaremos sobre todo en su primera biografía porque,

promovida por su hermano sacerdote hacia mediados del siglo XIX, contiene testimonios de contemporáneos suyos.

He aquí algunos extractos de lo que sus primeros biógrafos, los hermanos Daniel y Eugenio, escribieron en la *Vida del Padre Andrés Coindre*: «El padre Coindre tuvo una gran devoción al Corazón adorable de Jesús. Había estudiado y comprendido la naturaleza y características del amor infinito cuyo foco es este Corazón: amor manifestado por los anonadamientos del Verbo divino, las maravillas de la Eucaristía, la inmolación del Calvario. La contemplación de tan grandes misterios había arrebatado su alma. De los conocimientos que adquirió, surgieron a sus ojos las luces vivas gracias a las cuales le fue dado vislumbrar las perfecciones y riquezas inefables encerradas en el Corazón del Hombre-Dios, en ese Corazón víctima de amor, consuelo de los afligidos en la tierra y eterna alegría del cielo».

Y también: «El padre Coindre se esforzó por adentrarse en el Corazón de Jesucristo. Lo consideraba como el camino que conduce a la salvación eterna, como la puerta que nos abre paso a la contemplación del mismo Dios. Honrarle, imitarle, darlo a conocer, ese fue el primer objetivo de su piedad y el tema habitual de sus predicaciones».

Los biógrafos del Padre Coindre destacan al unísono dos rasgos dominantes de su devoción al Sagrado Corazón de Jesús: su predilección particular por las virtudes de mansedumbre y humildad, siguiendo la invitación del Evangelio: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis paz para vuestras almas» (Mt 11,29); y su vivísimo sentido de la reparación.

Humildad.

El padre Coindre, orador consumado, «se proclamaba siervo inútil a pesar de los aplausos». «Humilde de corazón, recibía con agradecimiento los desprecios burlones de los impíos, besaba los pies de sus hermanos en un capítulo de culpas que él presidía como superior». Invitaba a los miembros de las congregaciones por él fundadas a ser humildes y modestos. Al hermano Borgia, director general, le escribirá: «La fuerza de aguante, de humildad y de paciencia es lo que debe oponer a todas las andanadas que puedan dirigir contra usted». Al padre Giban, Misionero del Sagrado Corazón y profesor en Monistrol, que se sentía degradado por residir y comer con los hermanos, le recomendaba que fuese humilde.

Mansedumbre.

El cardenal Donnet, en carta dirigida a los hermanos Daniel y Eugenio, da testimonio de la igualdad de humor del Padre Coindre y «de su mansedumbre entre sus Hermanos e inferiores». En la *Positio* de santa Claudina Thévenet, se cuenta que las hermanas le temían menos que la madre fundadora: «su bondad paternal suavizaba, de ordinario, la severidad de sus palabras». Sabía atraerse el aprecio de la gente joven, como dice la misma *Positio* al narrar la trágica muerte del Padre Coindre.

Víctima de reparación.

A este respecto, he aquí lo que dicen los hermanos Daniel y Eugenio: «El padre Coindre experimentaba vivamente el deseo de reparar, en la medida de lo posible, los ultrajes que se hacían a la divina Majestad. Gustosamente hubiera sacrificado su vida para expiar los crímenes del mundo. En el transcurso de sus misiones, nunca dejaba de realizar un acto de reparación dirigido desde el púlpito, donde resplandecía su fe viva y su profunda humildad».

Este espíritu de reparación le impulsaba a ofrecerse como víctima por los pecadores. En una confidencia a santa Claudina Thévenet, le habría confesado que había pedido a Dios morir despreciado. Cuando se conocen las circunstancias de su última enfermedad y de su muerte, se

tiene la impresión de que Dios le escuchó al pie de la letra. Después de una vida en la que nunca estuvo sin Cruz, dio la espalda al mundo presente y halló la paz en el Corazón de Cristo, su refugio y esperanza. Los hijos e hijas de las congregaciones que fundó, ni siquiera tienen el consuelo de venerarlo en su tumba, pues se perdió todo rastro del lugar en que fue inhumado. Sólo se sabe que murió a la edad de 39 años y fue enterrado en Blois.

Conclusión

El Padre Coindre no escribió tratado alguno sobre la devoción al Sagrado Corazón, pero su vida y su predicación revelaron ampliamente el Corazón de Dios. Los fundadores comunicaron a sus hijos e hijas su propia experiencia espiritual de Dios. Tal fue el caso del Padre Coindre quien, a través de su predicación, entrevistas, cartas y escritos ocasionales, compartió el amor que albergaba su corazón. En una época como la nuestra, en que se pierde el gusto por hallar sentido a las palabras que chocan, apenas se lamenta que el padre Coindre escribiera tan poco. Con las indicaciones que dio y los gestos –con frecuencia proféticos– que realizó, tenemos suficiente.

Los Hermanos del Sagrado Corazón, a pesar de inevitables altibajos, se han mantenido fieles a su fundador. Después de morir el Padre Coindre, el Hermano Policarpo estableció prácticas comunitarias para honrar al Corazón de Jesús. Con el Hermano Adrien, el capítulo general de 1874 recomendará la adhesión al Apostolado de la oración.

Después del Concilio Vaticano II, en la nueva Regla de vida se dedica todo un capítulo a la devoción al Sagrado Corazón. Con el fervor de la renovación conciliar, el artículo 13 afirma: «Formar parte del Instituto hoy, es creer en el amor de Dios, vivir de él y difundirlo».

H. Lionel Goulet, S.C., archivero

Texto original en francés: Anuario nº 85, 1990 – 1991, pp. 11-24